

LA OPINION PUBLICA NO EXISTE

Pierre Bourdieu*

Quisiera precisar de antemano que mi propósito no es denunciar de manera fácil y mecánica los sondeos de opinión, sino proceder a un análisis riguroso de su funcionamiento y de sus funciones, lo cual supone poner en cuestión los tres postulados que implícitamente ellos suscriben. Cualquier encuesta de opinión supone que todo el mundo puede tener una opinión; o dicho de otra manera, que la producción de una opinión está al alcance de todos. A riesgo de chocar con un sentimiento ingenuamente democrático, yo cuestionaré este primer supuesto. Segundo postulado: se supone que todas las opiniones valen igual. Pienso que se puede demostrar que ello para nada es así, y que ir sumando opiniones que no tienen en modo alguno la misma fuerza real conduce a producir artificios desprovistos de sentido. Tercer postulado implícito: en el simple hecho de hacer la misma pregunta a todo el mundo está implicada la hipótesis que hay un consenso sobre los problemas; en otras palabras, que hay acuerdo sobre las preguntas que merecen hacerse. Estos tres postulados implican, me parece, toda una serie de distorsiones que se observan incluso cuando se cumplen todas las condiciones de rigor metodológico en la recolección y el análisis de los datos.

* Exposición hecha en *Noroit* (Arras) en Enero de 1972. Publicada en *Les Temps Modernes*, Enero 1973, pp. 1292-1309. Incluida en *Questions de Sociologie* pp. 222-235, Les Éditions de Minuit, París 1980 y 1984. (N. del E. Traducción de Guillermo Rochabrún S., revisada por Juan Ansión. Agradecemos a Imelda Vega-Centeno habernos proporcionado este texto)

Muy a menudo se hacen reproches técnicos a los sondeos de opinión; por ejemplo, se pone en cuestión la representatividad de las muestras. Pienso que en el estado actual de los medios utilizados por las instituciones de producción de sondeos, la objeción casi no tiene fundamento. Se les cuestiona también el plantear preguntas sesgadas, o más aún de sesgar las preguntas a través de su formulación. Esto es ya más cierto, y sucede a menudo que se induzca la respuesta a través de la manera de plantear la pregunta. Así, por ejemplo, transgrediendo el principio elemental de la construcción de un cuestionario que exige "dejar al azar" todas las respuestas posibles, frecuentemente en las preguntas o en las respuestas propuestas se omite alguna opción posible, o también se propone varias veces la misma opción bajo diferentes formulaciones. Existe toda clase de sesgos de este tipo, y sería interesante preguntarse sobre las condiciones sociales de su aparición. Lo más frecuente es que se deban a las condiciones en las que trabajan quienes formulan los cuestionarios. Pero se deben sobre todo a que las problemáticas formuladas por los centros de sondeo de opinión están subordinadas a un tipo particular de demanda.

Así, habiendo emprendido el análisis de una gran encuesta nacional acerca de la opinión de los franceses sobre el sistema de enseñanza, hemos recogido en los archivos de un cierto número de centros de estudios todas las preguntas referidas a la enseñanza. Ello nos ha revelado que más de doscientas preguntas sobre el sistema de enseñanza han sido planteadas desde Mayo 1968, frente a menos de una veintena entre 1960 y 1968. Esto significa que las problemáticas que se imponen a este tipo de organismo están profundamente ligadas a la coyuntura y dominadas por un cierto tipo de demanda social. La cuestión de la enseñanza, por ejemplo, no puede ser planteada por un instituto de opinión pública sino cuando ella se convierte en un problema político. Se aprecia inmediatamente la diferencia que separa a estas instituciones de aquellos centros de investigación que generan ellos mismos sus problemáticas, si no en un cielo puro, en todo caso con una distancia mucho más grande frente a la demanda social bajo su forma directa e inmediata.

Un análisis estadístico sumario de las preguntas planteadas nos ha revelado que en su gran mayoría ellas estaban directamente ligadas a las preocupaciones políticas del "personal político". Si esta noche nos entretuviésemos jugando con trozos de papel y les pidiese que escriban las cinco preguntas que a ustedes les parezcan más importantes en materia de educación, seguramente obtendríamos una lista muy diferente a la que lograríamos al recoger las preguntas que han sido efectivamente planteadas por las encuestas de

opinión. La pregunta “¿hay que introducir la política en los liceos?” (o variantes de la misma) ha sido planteada muy a menudo, mientras que las preguntas “¿hay que modificar los programas?”, o “¿hay que modificar el modo de transmisión de los contenidos?” no han sido hechas sino muy rara vez. Igualmente “¿hay que reciclar a los profesores?”, preguntas que son todas ellas muy importantes, al menos desde otra perspectiva.

Las problemáticas que son propuestas por los sondeos de opinión están subordinadas a intereses políticos, y esto determina con mucha fuerza el significado tanto de las respuestas como el que se le da a la publicación de los resultados. En la situación actual el sondeo de opinión es un instrumento de acción política; su función más importante consiste posiblemente en imponer la ilusión de que existe una opinión pública como suma puramente aditiva de opiniones individuales; en imponer la idea de que hay algo así como la media de opiniones o la opinión promedio. La “opinión pública” que se manifiesta en las primeras páginas de los periódicos bajo la forma de porcentajes (60% de los franceses están a favor de...), esta opinión pública es un puro y simple *artificio* cuya función es disimular que el estado de opinión en un momento dado del tiempo es un sistema de fuerzas, de tensiones, y que nada es más inadecuado para representarlo que un porcentaje.

Se sabe que todo ejercicio de la fuerza va acompañado de un discurso destinado a legitimar la fuerza del que la ejerce. Se puede incluso decir que lo típico de toda relación de fuerza es el no tenerla en su plenitud sino en la medida en que se la disimula como tal. En resumen, para hablar en términos simples, el hombre político es el que dice “Dios está con nosotros”. El equivalente de “Dios está con nosotros” es hoy en día “La opinión pública está con nosotros”. Tal es el efecto fundamental de la encuesta de opinión: constituir la idea de que existe una opinión pública unánime; por consiguiente, legitimar una política y reforzar las relaciones de fuerza que la fundamentan o la hacen posible.

Habiendo dicho al inicio lo que quería decir al final, voy a intentar indicar muy rápidamente cuáles son las operaciones por las cuales se produce este *efecto de consenso*. La primera operación, que tiene por punto de partida el postulado según el cual todo el mundo debe tener una opinión, consiste en ignorar las no respuestas. Por ejemplo, usted pregunta a la gente: “¿Es usted favorable al gobierno de Pompidou?”. Usted registra 30% de “no responde”, 20% “sí” y 50% “no”. Podría decir que la proporción en contra es superior a la proporción a favor, y que además hay este residuo del 30%. Pero también

puede volver a calcular los porcentajes favorables y desfavorables excluyendo a los que no responden. Esta simple elección es una operación teórica de una importancia fantástica sobre la cual desearía reflexionar con ustedes.

Eliminar las no respuestas es hacer lo que se hace en una consulta electoral donde hay boletas en blanco o nulas; es imponer a la encuesta de opinión la filosofía implícita de la encuesta electoral. Si se observa un poco más, se ve que la tasa de “no responde” es en general más alta en las mujeres que en los hombres, que la distancia entre ambos géneros es tanto más grande cuanto los problemas planteados son de orden más estrictamente político. Otra observación: mientras más se refiere una pregunta a problemas de saber, de conocimiento, mayor es la distancia entre las tasas de no respuesta de los más instruidos y los menos instruidos. Por el contrario, cuando las preguntas se plantean sobre problemas éticos, las variaciones de los que no responden, según su nivel de instrucción, son pequeñas (ejemplo: “¿Hay que ser severo con los niños?”). Otra observación: mientras más una pregunta plantea problemas conflictivos, mientras más incide sobre un nudo de contradicciones (supongamos por ejemplo una pregunta sobre la situación en Checoeslovaquia para quienes votan por una opción comunista), tanto más genera tensiones para una categoría determinada, y más frecuente es en ellas la ausencia de respuesta. En consecuencia, el simple análisis estadístico de las no respuestas aporta una información sobre lo que significa la pregunta y también sobre la categoría considerada, estando ésta definida tanto por *la probabilidad de tener una opinión*, como por la probabilidad condicional de que dicha opinión sea favorable o desfavorable.

El análisis científico de los sondeos de opinión muestra que no existen prácticamente problemas ómnibus; no hay preguntas que no sean reinterpretadas en función de los intereses de aquéllos a quienes son planteadas, siendo el primer imperativo el preguntarse a qué pregunta creyeron responder las diferentes categorías de encuestados. Uno de los efectos más perniciosos de las encuestas de opinión consiste precisamente en obligar a la gente a responder a preguntas que ellos no se han planteado. Sea por ejemplo las preguntas que giran alrededor de los problemas de moral, trátense de preguntas sobre la severidad de los padres, las relaciones entre maestros y alumnos, la pedagogía directiva o no directiva, etc., problemas que son percibidos tanto más como de carácter ético mientras más se desciende en la jerarquía social, pero que pueden ser problemas políticos para las clases superiores: uno de los efectos de la encuesta consiste en transformar respuestas éticas en respuestas políticas por el simple efecto de la imposición de la problemática.

De hecho, hay varios principios a partir de los cuales se puede generar una respuesta. Hay primero lo que se puede denominar la *competencia política*, por hacer referencia a una definición de la política a la vez arbitraria y legítima; es decir, dominante y disimulada en su condición de tal. Esta competencia política no está universalmente extendida; varía en términos generales con el nivel de instrucción. Dicho en otros términos, la probabilidad de tener una opinión sobre todas las preguntas que suponen un saber político, es más o menos comparable con la probabilidad de ir al museo. Se observan distancias fantásticas: ahí donde tal estudiante comprometido en un movimiento *gauchiste* percibe quince fracciones en la izquierda del PSU, para un mando medio no hay ninguna. En la escala política (extrema izquierda, izquierda, centro izquierda, centro, centro derecha, derecha, extrema derecha. etc.) que las encuestas de “ciencia política” emplean como obvia, ciertas categorías sociales utilizan intensamente un pequeño ángulo de la extrema izquierda; otras emplean únicamente el centro, otras recorren toda la escala. Finalmente una elección es la agregación de espacios por completo diferentes; se suma a gentes que miden en centímetros con gentes que miden en kilómetros, o mejor, gentes que califican de 0 a 20 con otros que califican entre 9 y 11. La competencia se mide, entre otras cosas, por el grado de fineza de la percepción (es lo mismo en estética: algunos pueden distinguir los cinco o seis estilos sucesivos de un solo pintor).

Esta comparación puede ser llevada más allá. En el campo de la percepción estética existe de antemano una condición que la hace posible: se requiere que la gente piense en la obra de arte como una obra de arte; luego, habiéndola percibido como obra de arte, hace falta que tenga categorías de percepción para construirla, estructurarla, etc. Supongamos una pregunta formulada así: “¿Está usted por una educación dirigida o por una educación no dirigida?”. Para algunos la pregunta puede constituirse como una pregunta política, al integrarse la representación de las relaciones padres-hijos en una visión sistemática de la sociedad; para otros es un asunto puramente moral. Así, el cuestionario que hemos elaborado y en el que preguntamos a la gente si para ellos es o no político ir a la huelga, tener los cabellos largos, participar en un festival pop, etc., muestra variaciones muy grandes según las clases sociales. Por lo tanto la primera condición para responder adecuadamente a una pregunta política es ser capaz de constituirla como política; la segunda es que, habiéndola constituido como tal, se sea capaz de aplicar categorías propiamente políticas que pueden ser más o menos adecuadas, refinadas, etc. Estas son las condiciones específicas de producción de las opiniones, las que la encuesta de opinión supone universal y uniformemente extendidas, junto

con el primer postulado según el cual todo el mundo puede producir una opinión.

El segundo principio a partir del cual la gente puede producir una opinión es lo que yo denomino el “ethos de clase” (por no decir “ética de clase”); es decir un sistema de valores implícitos que la gente ha interiorizado desde su infancia y a partir del cual generan respuestas a problemas extremadamente diferentes. Las opiniones que la gente puede intercambiar a la salida de un partido de fútbol entre Roubaix y Valenciennes deben una gran parte de su coherencia, de su lógica, al ethos de clase. Una multitud de respuestas que son consideradas como respuestas políticas son en realidad producidas a partir del ethos de clase y por lo mismo pueden entrañar una significación del todo diferente cuando son interpretadas en el plano político.

Aquí debo hacer referencia a una tradición sociológica difundida sobre todo entre ciertos sociólogos estadounidenses de la política, quienes con mucha frecuencia hablan del conservadurismo y del autoritarismo de las clases populares. Estas tesis se basan en una comparación internacional de encuestas o elecciones que tiende a mostrar que, en cualquier país, cada vez que se pregunta a las clases populares sobre problemas referidos a las relaciones de autoridad, la libertad individual, la libertad de prensa, etc., se encuentran respuestas más “autoritarias” que en las otras clases; de lo que se concluye globalmente que hay un conflicto entre los valores democráticos (para el autor que tengo en mente, Lipset, se trata de valores democráticos americanos) y los valores que han interiorizado las clases populares: valores de tipo autoritario y represivo. De aquí se extrae una suerte de visión escatológica: elevemos el nivel de vida, de instrucción, y dado que la propensión a la represión, al autoritarismo, etc., está ligada a los bajos ingresos, a los bajos niveles de instrucción, etc., produciremos así buenos ciudadanos en la democracia americana.

A mi modo de ver lo que está en cuestión es la significación de las respuestas a ciertas preguntas. Supongamos un conjunto de preguntas como las siguientes: ¿Está Ud. a favor de la igualdad entre los sexos?, ¿está Ud. a favor de la libertad sexual de los cónyuges?, ¿es usted favorable a una educación no represiva?, ¿está Ud. a favor de la nueva sociedad? etc. Supongamos otro conjunto de preguntas, del tipo: ¿Deben los profesores ir a la huelga cuando su situación está amenazada?, ¿deben ser solidarios los profesores con otros funcionarios en los períodos de conflicto social? etc. Estos dos conjuntos de preguntas dan respuestas cuya estructura es estrictamente

inversa según la clase social: el primero, referente a un cierto tipo de innovación en las relaciones sociales, en particular en la forma simbólica de éstas, suscita respuestas tanto más favorables cuanto más uno se eleva en la jerarquía social y en el nivel de instrucción. Por el contrario las preguntas sobre las transformaciones reales de relaciones de fuerza entre las clases sociales suscitan respuestas tanto más desfavorables en la medida en que uno se eleva en la jerarquía social.

En síntesis, la proposición “Las clases populares son represivas” no es ni verdadera ni falsa. Es verdadera en la medida en que ante todo un conjunto de problemas como los que tocan a la moral familiar, a las relaciones entre las generaciones o entre los sexos, las clases populares tienen la tendencia a mostrarse mucho más rígidas que las otras clases. Por el contrario, sobre cuestiones de estructura política, que ponen en juego la conservación o transformación del orden social, y no solamente la conservación o transformación de los modos de relación entre los individuos, las clases populares son mucho más favorables a la innovación; es decir, a una transformación de las estructuras sociales. Ustedes ven cómo algunos de los problemas planteados en Mayo 1968, y a menudo mal planteados, en el conflicto entre el Partido Comunista y los *gauchistes*, se relacionan muy directamente al problema central que he tratado de plantear esta noche: el de la naturaleza de las respuestas; es decir, del principio a partir del cual ellas son producidas. La oposición que he hecho entre estos dos grupos de preguntas se reduce en efecto a la oposición entre dos principios de producción de las opiniones: un principio propiamente político y un principio ético; el problema del conservadurismo de las clases populares es el resultado de ignorar esta distinción.

El efecto de imponer la problemática, efecto ejercido por toda encuesta de opinión y por toda consulta política (empezando por la consulta electoral), proviene de que las preguntas hechas en una encuesta de opinión no son preguntas que todas las personas encuestadas se planteen realmente, y de que las respuestas no son interpretadas en función de la problemática en relación a la cual los encuestados de diferentes categorías han respondido efectivamente. Así, la *problemática dominante*, de la cual la lista de preguntas hechas desde hace dos años por los institutos de sondeo proporciona una imagen —es decir, la problemática que interesa esencialmente a quienes detentan el poder y que asumen estar informados sobre los medios de organizar su acción política—, es muy desigualmente manejada por las diferentes clases sociales. Y, cosa importante, éstas son más o menos aptas para producir una contra-problemática.

A propósito del debate televisado entre Servan-Schreiber y Giscard d'Estaing un instituto de sondeos de opinión había planteado preguntas de este tipo: "¿Está el rendimiento escolar en función de los dones, de la inteligencia, del trabajo, del mérito?". Las respuestas recibidas brindan en efecto una información (ignorada por quienes las producían) sobre el grado en el cual las diferentes clases sociales tienen conciencia de las leyes de la transmisión hereditaria del capital cultural: la adhesión al mito del don y del ascenso a través de la escuela, de la justicia escolar, de la equidad en la distribución de los puestos en función de los títulos, etc., es muy fuerte en las clases populares. La contra-problemática puede existir para algunos intelectuales, pero no tiene fuerza social aunque haya sido retomada por un cierto número de partidos, de grupos. La verdad científica está sometida a las mismas leyes de difusión que la ideología. Una proposición científica es como una bula papal sobre la regulación de los nacimientos: no catequiza sino a los conversos.

Se asocia la idea de objetividad en una encuesta de opinión al hecho de hacer la pregunta en los términos más neutros a fin de dar las mismas probabilidades a todas las respuestas. En realidad la encuesta de opinión sin duda estaría más cerca de lo que ocurre en la realidad si, transgrediendo totalmente las reglas de la "objetividad", diera a la gente los medios para colocarse tal como ellos se sitúan verdaderamente en la práctica real; es decir, en relación a opiniones ya formuladas. Por ejemplo, si en lugar de decir "Hay algunos a favor de la regulación de nacimientos y otros en contra; ¿cómo se sitúa Ud.?", se enunciara una serie de tomas explícitas de posición de grupos acreditados para constituir las opiniones y difundirlas, de modo que la gente pueda situarse en relación a respuestas ya constituidas. Se habla comúnmente de "toma de posición"; hay posiciones que están ya previstas y se las *toma*. Pero no se las toma al azar; se asumen posiciones que se está predispuesto a asumir en función de la posición que se ocupa en un cierto campo. Un análisis riguroso se dirige a explicar las relaciones entre la estructura de las posiciones a tomar y la estructura del campo de posiciones objetivamente ocupadas.

Si las encuestas de opinión captan muy mal los estados virtuales de la opinión, o más precisamente sus movimientos, es entre otras razones, porque la situación en la que ellas aprehenden las opiniones es del todo artificial. En las situaciones en las cuales se constituye la opinión, en especial durante las *crisis*, la gente está ante opiniones constituidas, opiniones sostenidas por grupos, de modo que elegir entre opiniones es evidentemente elegir entre

grupos. Tal es el principio del *efecto de politización* que la crisis produce: hay que elegir entre grupos que se definen políticamente y definir más y más tomas de posición en función de principios explícitamente políticos. En realidad lo que me parece importante es que la encuesta de opinión trata a la opinión pública como una simple suma de opiniones individuales recogidas en una situación que es en el fondo aquélla de la cabina electoral, donde el individuo furtivamente va a expresar en situación de aislamiento una opinión aislada. En la vida real las opiniones son fuerzas, y las relaciones de opinión son conflictos de fuerza entre grupos.

Otra ley se desprende de estos análisis: se tienen tantas más opiniones sobre un problema cuanto más se está interesado en él; es decir, cuanto más interés se tiene en tal problema. Por ejemplo sobre el sistema de enseñanza la tasa de respuestas está ligada muy íntimamente al grado de cercanía en relación a dicho sistema, y a la probabilidad de tener una opinión varía en función de la probabilidad de tener poder sobre aquello a propósito de lo que se opina. La opinión que se afirma como tal, espontáneamente, es la opinión de gente cuya opinión, como se dice, tiene peso. Si un Ministro de Educación actuase en función de un sondeo de opinión (o al menos a partir de una lectura superficial del mismo), no actuaría realmente como un hombre político; es decir, a partir de las llamadas de teléfono que recibe, de la visita de tal o cual dirigente sindical, de tal o cual decano, etc. En realidad él actúa en función de fuerzas de opinión realmente constituidas que no afloran a su percepción sino en la medida en que ellas tienen fuerza, y donde la tienen porque están movilizadas.

Si se trata de prever en qué va a devenir la Universidad en los próximos diez años, pienso que la mejor base la constituye la opinión movilizada. Sin embargo, el hecho constatado por las no respuestas, de que las inclinaciones de ciertas categorías no alcanzan el status de opinión —es decir, de discurso constituido con aspiración a la coherencia, con pretensiones de ser entendido, de imponerse, etc.— no debe llevar a concluir que en situaciones de crisis la gente que no tenía ninguna opinión elegirá al azar: si el problema está para ellos políticamente constituido (problemas de salario, de ritmo de trabajo para los obreros), elegirán en términos de competencia política. Si se trata de un problema que no está para ellos políticamente constituido (represión en las relaciones al interior de la empresa) o si está en vías de constitución, serán guiados por aquel sistema de disposiciones profundamente inconsciente que orienta su elección en los campos más diferentes, desde la estética o el deporte hasta las preferencias económicas. La encuesta de opinión tradicional ignora

a la vez a los grupos de presión y las inclinaciones virtuales que pueden no expresarse bajo la forma de discurso explícito. Es por ello que la encuesta es incapaz de producir la menor previsión razonable sobre lo que pasaría en situación de crisis.

Supongamos un problema como el del sistema de enseñanza. Se puede preguntar “¿qué piensa Ud. de la política de Edgar Faure?”. Es una pregunta muy similar al de una encuesta electoral, en el sentido de que en la noche todas las vacas son negras: todo el mundo está de acuerdo grosso modo sin saber sobre qué; se sabe lo que significó el voto unánime de la ley Faure en la Asamblea Nacional. Se pregunta enseguida: “¿Está Ud. a favor de la introducción de la política en los liceos?”. Ahí se observa una división muy neta. Ocurre lo mismo cuando se pregunta “¿Pueden los profesores hacer huelgas?”. En este caso los miembros de las clases populares, por una transferencia de su competencia política específica, saben qué responder. Aún se puede preguntar además “¿Hay que modificar los programas?, ¿está Ud. a favor de la evaluación permanente?, ¿está Ud. a favor de la incorporación de padres de familia en los consejos de profesores?, ¿está Ud. a favor de la supresión de la agregación? etc.” Bajo la pregunta “¿Está Ud. a favor de Edgar Faure?” estaban todas estas otras, y la gente ha tomado posición de un solo golpe sobre un conjunto de problemas que un buen cuestionario no podría plantear sino mediante no menos de sesenta preguntas, a propósito de las cuales se observarían las variaciones en todos los sentidos. En un caso las opiniones estarían positivamente ligadas a la posición en la jerarquía social; en el otro, lo estarían negativamente; en ciertos casos con mucha fuerza, y en otros muy débilmente, o incluso no lo estarían.

Basta pensar que una consulta electoral representa el límite de una cuestión como “¿está Ud. a favor de Edgar Faure?” para comprender que los especialistas en sociología política puedan notar que la relación habitualmente observada, en casi todos los dominios de la práctica social, entre la clase social y las prácticas o las opiniones, es muy débil cuando se trata de fenómenos electorales, al punto tal que algunos no vacilan en concluir que no hay relación alguna entre la clase social y el votar por la derecha o la izquierda. Si ustedes tienen en mente que una consulta electoral plantea en una sola pregunta sincrética lo que no podría captarse razonablemente sino en doscientas preguntas, que unos miden en centímetros y otros en kilómetros, que la estrategia de los candidatos consiste en plantear mal las cuestiones y en jugar al máximo a disimular las divisiones para ganar los votos flotantes —entre tantos otros efectos—, ustedes concluirán que la cuestión tradicional de la

relación entre voto y clase social deba quizá ser invertida, y preguntarse cómo ocurre que a pesar de todo, aunque débil, se constate una relación; e interrogarse sobre la función del sistema electoral, instrumento que por su misma lógica tiende a atenuar los conflictos y las divisiones. Lo que es cierto es que al estudiar el funcionamiento del sondeo de opinión se puede tener una idea de la forma en la que funciona este tipo particular de encuesta de opinión que es la consulta electoral y del efecto que ella produce.

En resumen, he querido efectivamente decir que la opinión pública no existe, en todo caso no bajo la forma que pretenden los que tienen interés en afirmar su existencia. He dicho que por una parte habría opiniones constituidas, movilizadas, grupos de presión movilizadas alrededor de un sistema de *intereses* explícitamente formulados; y por otro lado inclinaciones que, por definición, no son opinión si por ella se entiende —como yo lo he hecho a lo largo de este análisis— algo que pueda formularse discursivamente con cierta pretensión de coherencia. Esta definición de la opinión no es mi opinión sobre la opinión. Ella simplemente explicita la definición que ponen en juego los sondeos de opinión al pedir a la gente tomar posición sobre opiniones ya formuladas, y producir por simple agregación estadística de opiniones así generadas, este artificio que es la opinión pública. Digo simplemente que la opinión pública, en la acepción implícitamente admitida por quienes hacen sondeos de opinión, o por quienes utilizan sus resultados, simplemente no existe.